

...

101 VALENCIANAS FRENTE A MI ESPEJO

SUSANA
GISBERT
GRIFO



V
VINATEA
EDITORIAL

...

icav
Ilustre Colegio de
Abogados de Valencia



Susana Gisbert Grifo (Valencia, 1966) es una fiscal especializada en violencia de género y delitos de odio, portavoz de la Fiscalía Provincial de Valencia, escritora y feminista. Su compromiso con valores de igualdad e inclusión van paralelos a novelas y colaboraciones en prensa escrita:

—**Mar de Lija** (2016) es una colección de relatos con la violencia de género como telón de fondo sobre las situaciones que deben atravesar varias mujeres para sobrevivir en la sociedad actual.

—**Descontando hasta cinco** (2017) es su primera novela. Describe el particular mundo de cinco amigas, una obra de intriga y suspense sobre mujeres víctimas de la violencia machista.

—**Remos de plomo** (2018) es una antología de sus relatos.

—**Balanza de género** (2018).

—**Caratrista** (2019). Escrita en valenciano, es su primera novela juvenil que narra la historia de Lucía, adolescente que llega a mitad de curso a un instituto. Aborda el problema de la violencia de género y del acoso escolar desde el prisma adolescente.

—**No me obligues** (2020). Sin anestesia, asistimos a un descenso a los infiernos para comprender determinados aspectos de la lacra de la violencia de género.

Entre sus reconocimientos, obtuvo el primer premio en 2009 del VIII Certamen de Narrativa Breve del Ayuntamiento de Valencia, en 2012 del Certamen de Narrativa "Carolina Planells contra la Violencia de Género" y en 2013 del Certamen de Relatos Cortos "Mujeres" de la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Benetússer.

Para los hermanos
Llop Bayo, hijos
de Claudio

Gracias por formar
parte al nuestro her.
bría



27.11.25

PARA LOS HERMANOS LLOP BAYO CON GRAN
ADMIRACIÓN. ESCUCHAR UNA CAMPANA ES PENSAR
EN VUESTRA DEFENSA.

 POCALFANT
FEBRERO-2025

FRANCESITA

CLAUDIA BAYO

—Toma, bonica, y que santa Lucía te conserve la vista.

Lucía dio las gracias a la mujer que le extendía una *mesureta de porrat* en las puertas de aquella ermita situada en el mismo centro de Valencia y sonrió a su abuela. Aunque ya había cumplido once años y siempre había vivido en la ciudad del Turia, jamás había visitado la ermita ni conocía de nada la tradición del *porrat*, unos garbanzos tostados de los que solo sabía que estaban buenísimos.

Era una niña curiosa y, en cuanto supo que había una ermita de Santa Lucía a unos pocos metros de su casa, le pidió a su abuela que la llevara a conocerla y que le contara algo sobre ella. Al fin y al cabo, ella llevaba su nombre.

La abuela de Lucía pensó que era un buen momento para que Lucía conociera las tradiciones de su tierra y, aunque no era una persona religiosa, no dudó un momento en acceder a lo que le pedía la niña. Eso sí, le puso una condición. Lucía debería investigar por qué ponían un tenderete a la puerta de la ermita cuando llegaba el 13 de diciembre, festividad de santa Lucía, y repartían algo llamado *porrat*. No faltaba mucho tiempo para que llegara esa fecha y podían hacer coincidir la visita con ese momento.

La niña aceptó el reto encantada. No le fue difícil encontrar la información que buscaba, pronto supo que aquello del “porrat” era una especie de fruto seco y que su celebración tenía que ver con determinados santos y con el cambio de estación. A Lucía le dio rabia comprobar que todos esos santos eran hombres, salvo santa Lucía. Aunque ella iba a un colegio público, había elegido la asignatura de religión —en realidad, porque le caía bastante mejor el profesor que la profesora de ética, que tenía fama de dura— pero nadie le explicó nunca estas cosas. Por eso se entusiasmó más todavía con el reto planteado por su abuela, y decidió darle un voto de confianza a aquella santa Lucía de la que ella tenía el nombre.

Lo que nunca había confesado la abuela de Lucía es que ella sabía más cosas de las que le había contado. Su familia, que siempre había vivido en la ciudad, había adoptado después de la Guerra Civil una actitud que marcó a varias generaciones: el mutismo. Nadie le contó quién era su familia, ni qué era lo que hacían antes de la guerra, ni cómo habían sobrevivido a ella. Sabía que su abuelo fue un republicano muy considerado en su momento, pero nada más.

El miedo calló las bocas de generaciones enteras y les privó para siempre de la mayor herencia que una persona puede tener, su propia historia. Investigó por su cuenta, pero entre lo que se perdió, lo que se destruyó y lo que se ocultó, no encontró más que piezas inconexas de un rompecabezas que jamás armaría del todo.

Llegó el día de santa Lucía. Había llegado el momento de legar a su nieta algo que sería solo suyo, algo por lo que la recordaría siempre a ella y a un abuelo cuya figura quedó casi relegada al olvido durante mucho tiempo. Había llegado el momento de que Lucía conociera a qué debía su precioso nombre.

—Abuela, ¿quieres *porrat*?

—Gracias, hija. Cogeré solo un par, que mis dientes no están para demasiadas alegrías. Y vamos a sentarnos, que hay algo que te debo.

—¿Qué tú me debes algo? —preguntó la niña extrañada—. ¿El qué, abuela?

—Te debo una historia. ¿No lo recuerdas?

Lucía sonrió entusiasmada. Cogió de la mano a su abuela y la llevó hasta una terraza en la puerta de los Jardines del Hospital, al lado mismo de las columnas que habían franqueado la entrada del que fue el Hospital Provincial de Valencia. Sabía que a su abuela le gustaba mirar aquel lugar, y, a pesar de ser el mes de diciembre, hacía un día soleado que invitaba a estar en la calle.

—¿Qué historia era esa, abuela?

—Es una historia preciosa. En realidad, no sé cuánto tiene de real y cuánto de leyenda, pero a mí me la contó mi abuelo en voz muy baja, como si fuera verdadera, cuando yo era muy niña.

—¿Y por qué no iba a ser verdad?

—No lo sé, hija, en aquel tiempo nunca se sabe. ¿De verdad que quieres oírla?

—Pues claro.

—¿Has visto qué bonita es la ermita de santa Lucía? Pues es posible que si tú puedes verla sea gracias a algo que hizo, entre otros, tu tatarabuelo. O sea, mi abuelo. Por eso tú te llamas Lucía.

—¿De verdad? —los ojos de la niña se abrieron como platos—. Sigue, por favor.

—Ah. Y gracias también a una niña como tú. A una niña que él llamaba “la francesita”.

—¿Y qué fue lo que pasó?

—Verás. Corría el año 1937. Ya sabes, en mitad de aquella guerra horrible.

—Todas las guerras lo son, abuela.

—Bueno, sí. Pero aquella quizás lo fuera más, como pasa con las guerras civiles. La cuestión es que todo andaba muy revuelto. Aprovechando el conflicto, había gente que cometía toda clase de tropelías. Entre ellas, destruir alguna iglesia o robar los objetos de valor.

—¿Y quiénes podían hacer eso?

—Según me decía mi madre, echaron la culpa a los republicanos pero, claro, la historia la escriben los que ganan y los republicanos habían perdido. Ella decía que era gente que aprovechaba las circunstancias para cometer sus fechorías. Y estoy segura de que tenía razón.

—Sí. Pero eso ¿qué tiene que ver con mi abuelo, la niña francesa y la ermita de santa Lucía?

—Más de lo que crees. Por aquel entonces, la niña francesa, que se llamaba Claudia, había venido a Valencia a ver a su madrina, que era la mujer que se encargaba de cuidar la iglesia y al sacerdote. Era el ama de llaves, y vivía en el edificio de al lado, donde se alojó también su ahijada Claudia.

—¿La francesita?

—La misma. Pues bien, estaban allí cuando alguien les alertó de que podrían atacar a la ermita. No sé si sería una noticia fiable o solo el miedo de que pasara como con otras iglesias, pero les entró miedo y la madrina de Claudia pensó que tenía que hacer algo.

—¿Y qué se le ocurrió?

—Pues resulta que ella conocía bien a un abogado republicano, Enrique Badenes, buen amigo de tu abuelo. Era muy religioso, a pesar de que la gente crea que ningún republicano lo era.

De hecho, mi madre recordaba una frase suya porque a su padre le hacía mucha gracia. Decía que *“era republicano de misa de 12”*. Al revés que mi abuelo que, según me contaron, siempre presumía de ser ateo *“a Dios gracias”*, ya ves.

—Ya, ya, pero no te desvíes del tema. ¿Qué es lo que hicieron?

—Pues como querían salvar la ermita a toda costa, tuvieron una idea genial. Y ahí es donde entra la francesita.

—¿Y qué podía hacer una niña?

—Pues, sin ella saberlo, salvó la ermita.

—Y eso, ¿cómo pudo ser?

—Pues porque tu abuelo y Badenes aprovecharon la nacionalidad de la niña para blindar la Iglesia. Hablaron con el cónsul, Monsieur Garnier, y estudiaron la posibilidad de que el lugar donde vivía la niña francesa fuera protegido como parte del territorio francés. Como al cónsul también le pareció una idea fantástica, hizo las gestiones oportunas y, al poco tiempo, había clavado un cartel en el lateral de la ermita, junto a la casa donde vivía Claudia con su madrina, donde se advertía que debía respetarse ese edificio porque allí vivía un súbdito francés.

—Ostras, qué listos. ¿Y dio resultado?

—Ya lo ves, sí dio resultado. Aquí tienes la ermita, sana y salva desde entonces. Gracias a tu abuelo y a su amigo, al cónsul y, sobre todo, a aquella niña a la que todos llamaban “la francesita”.

Lucía sonrió y besó a su abuela, mientras sonaban las campanas de la ermita de santa Lucía.

—Abuela...

—Dime, hija.

—Has dicho que me ibas a contar algo que no habías contado a nadie, ¿no?

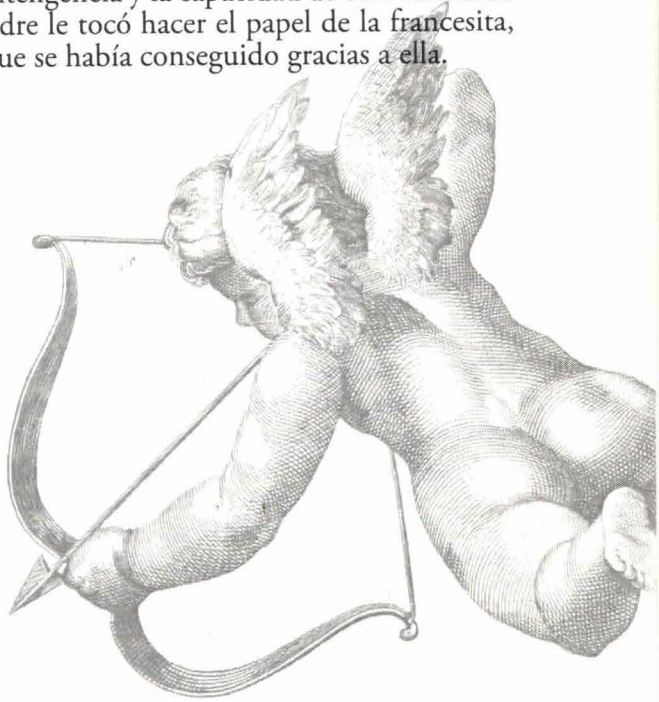
—Así es. Puede que Claudia, el cónsul o el señor Badenes lo contaran, pero yo me guardé la historia para un momento especial, el de hoy.

—Entonces, ¿mi madre no lo sabía?

—No.

—¿Y cómo puede ser que yo me llame Lucía por esto sin ella saber nada?

—Supongo que heredé la inteligencia y la capacidad de convicción de mi abuelo. Y, en este caso, a tu madre le tocó hacer el papel de la francesita, quien nunca fue consciente de lo que se había conseguido gracias a ella.



.....

Claudia Bayo Gabollard era una niña francesa nacida en 1925 que llegó a Valencia en 1937 para visitar a su madrina que era el ama de llaves del capellán de la ermita de Santa Lucía, José Barberán. Durante una comida, una amiga de su tía avisó de que el Comité Republicano había acordado atacar la ermita. Se decidió entonces visitar al abogado republicano Enrique Badenes, “un republicano de misa de 12”, que tenía gran aprecio por el edificio y la solución surgió cuando fueron a hablar con el cónsul francés señor Garnier. Este redactó un escrito con los sellos del consulado que decía: “Camarada, respeta este edificio. Aquí vive un súbdito francés”. Los valores de la República Francesa conmovieron a los milicianos. El oficio se clavó en la puerta de la ermita y surtió efecto. Claudia se casó años después con Francesc Llop, presidente de la Cofradía de Santa Lucía.

.....



¿Cuántas mujeres vieron en tierras valencianas sus grandes logros eclipsados o asumidos por los hombres que estaban a su lado? ¿Sabemos que la primera abogada en España fue valenciana? ¿O que no hubo mujeres en la Judicatura, la Fiscalía o las Fuerzas y Cuerpos de Seguridad hasta los años 70 del siglo XX porque la ley lo prohibía? ¿Conocemos el dato de que el Tribunal Superior de Justicia de Valencia ha sido durante mucho tiempo el único que contaba con una mujer presidenta y que esta es la única autonomía con mujeres al frente de todos sus estamentos jurídicos? ¿Qué nos diría la Dama de Elche si pudiera hablar? ¿Conocemos a la inventora valenciana de la primera lavadora integral? ¿O que el diccionario de María Moliner fue gestado en parte en nuestra tierra?

Estas y otras muchas cuestiones se abordan en esta obra que, no obstante, no es un compendio de biografías. 101 valencianas frente a mi espejo es literatura con talento que pretende dar voz a todas estas mujeres relacionadas con Valencia que marcaron un hito en sus respectivos ámbitos, y lo hace a través de otros tantos relatos de ficción que bien pudieron ser realidad. Como en una de esas películas de sobremesa, este libro está basado en hechos reales. O mejor dicho, en reconocimientos que debieron ser reales y no lo fueron tanto. Pero, como dice el refrán, nunca es tarde si la dicha es buena... y más si es con una editorial que destina sus beneficios a causas solidarias.